

ERICA RUTH NEUBAUER

PELIGRO EN EL ATLÁNTICO

Traducción de:
LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA | NOIR

1

LOS QUEJIDOS METÁLICOS del gigantesco transatlántico que se separaba del muelle de Southampton quedaban casi ahogados por las ensordecedoras exclamaciones que procedían tanto del barco como de la orilla. A nuestro alrededor, un sinfín de manos agitaban festivos pañuelos blancos —minúsculas banderas de rendición que se entregaban a la travesía—, y largas serpentinas de una infinidad de colores adornaban las barandillas y el cielo por encima de nosotros. Veía la robusta silueta de mi tía Millie en tierra, de pie junto a su esbelto prometido, lord Hughes, y su hija Lillian. Millie apenas había ofrecido un mecánico gesto de adiós antes de impacientarse ante el prolongado ritual, pero Hughes y Lillian seguían despidiéndose alegremente con la mano mientras nos alejábamos.

Redvers y yo nos encontrábamos entre el disciplinado gentío de la cubierta de primera clase, desde donde lanzamos unos cuantos adioses a mi prima y a su padre antes de bajar los brazos. Me puse a observar entonces a los adinerados viajeros que nos rodeaban, haciendo lo posible por que mi interés pareciera casual.

—Me pregunto qué pinta tendrá un espía —mascullé.

Apoyado en la barandilla de teca y con un pie en el travesaño inferior, Redvers se limitó a lanzarme una mirada divertida. Estaba muy apuesto con ese abrigo de lana color carbón y su gorra de *tweed*; algo informal, tal vez, pero reparé en que muchos de

los pasajeros masculinos llevaban un atuendo similar. En lugar de quedarme embobada contemplando sus hombros anchos, me subí un poco el cuello del abrigo para protegerme del relente marino y miré desde la barandilla hacia la aglomeración que teníamos justo por debajo, en las cubiertas de segunda y tercera clase. Me habían informado de que ya no las llamaban «bodegas»: una mejora de la terminología, aunque sin duda no de las dependencias. Tenía la suerte de estar en primera clase durante la travesía gracias a la generosidad del Gobierno británico; si no hubiera sido por eso, me habría encontrado entre el caos humano de ahí abajo. Así que tenía toda la intención de cumplir con mis obligaciones, lo cual implicaba estar ojo avizor para desenmascarar a un agente alemán.

Me volví de nuevo hacia el selecto grupo de viajeros que nos rodeaban, y estaba contemplando a mis compañeros de pasaje cuando me llamó la atención una mujer alta que nadaba dentro de un lujoso abrigo de pieles de zorro plateado. Me estremecí un poco; pese a la elegancia de la prenda, siempre sentía lástima por los pobres animales. Estaba en la barandilla, a solo unas personas de distancia, así que reparé en que sus facciones eran quizá demasiado angulosas para considerarla una belleza clásica, pero iba maquillada con destreza y tenía unos ojos verdes y luminosos que contrastaban con su melena pelirroja. Iba agarrada del brazo de un hombre con barba, más o menos de la misma altura y, por la forma en que se aferraban el uno al otro y se murmuraban al oído, supuse que aún estaban en los albores de una relación. Él iba muy peripuesto, aunque los pantalones que llevaba le estaban un pelín cortos y los zapatos pedían un cepillado a gritos. Entonces volvió la cabeza ligeramente hacia mí y pude observarlo con mayor detalle; no solían gustarme los hombres con vello facial, pero llevaba una barba muy recortada que le sentaba bien a sus rasgos fuertes y oscuros. Cuando la exhibición

pública de cariño entre ambos se volvió demasiado íntima, me giré hacia Redvers.

—¿Bajamos a nuestras dependencias, señora Wunderly?

Me ofreció un brazo y yo apenas dudé un instante antes de aceptarlo.

El barco se había alejado lo bastante del muelle para que la gente empezara a abandonar poco a poco las barandillas y a ocuparse cada cual de sus asuntos, de modo que era hora de averiguar cómo nos repartiríamos el camarote durante la inminente travesía. Recorrimos la larga cubierta de paseo antes de cruzar una puerta y entrar en otro mundo. En cuanto se estaba dentro del barco, era fácil olvidar que viajaba uno en lo que venía a ser una ciudad flotante; el interior parecía una gran casa señorial con maravillosos revestimientos de roble en las paredes y una suntuosa moqueta bajo los pies. Nos dirigimos a la majestuosa escalera de primera clase de la parte frontal del barco —una de las dos que había—, y enseguida levanté la mirada para admirar la cúpula de cristal que se abría en lo alto y permitía que la luz iluminara toda la zona. Las balaustradas de madera noble que delimitaban el espacio estaban realzadas por filigranas de bronce y hierro, y percibí con la mano el tacto suave del contundente pasamanos de roble mientras descendíamos un nivel, hasta la cubierta B. Había tres ascensores disponibles para bajar a los pasajeros a las diferentes cubiertas inferiores, pero dudaba que fuera a utilizarlos. Prefería seguir maravillándome con la preciosa decoración, como el elegante reloj enmarcado por un panel de hermosas tallas que había en la pared de enfrente.

No tuvimos que andar mucho para llegar a nuestro camarote, donde Redvers sacó la llave para abrir. Por la puerta que conectaba las dos estancias de la *suite*, vi que ya habían dejado allí nuestros baúles, que nos esperaban en el dormitorio anexo.

Me detuve en el umbral para dejar que mis sentidos asimilaran el lujo de la habitación. Un pequeño escritorio ocupaba un

rincón junto a lo que solo podía suponer que era una chimenea falsa, encima de cuya repisa de madera labrada colgaba un intrincado espejo ovalado. Contemplé el espejo con cierta reserva; esperaba que estuviera bien fijado a la pared, porque en caso de temporal podía causar graves daños a cualquier ocupante del salón. A cada lado de la chimenea se abrían dos ventanas con cortinas de seda gris que dejaban entrar más luz de la que habría creído posible a bordo de un barco. En el otro extremo había una mesa modesta con varias sillas bien colocadas, y el resto del espacio lo ocupaban dos sillones de tapicería mullida. Las paredes estaban revestidas de roble y tenían unas molduras decorativas que enmarcaban los diferentes recuadros. En general, era un alojamiento pequeño, pero cada centímetro estaba tan bien aprovechado que resultaba mucho más amplio de lo que había imaginado.

Entonces se me fueron los ojos hacia el dormitorio, y nuestro acuerdo de pernoctación empezó a cobrar realidad ahora que estábamos en la habitación los dos solos. Juntos.

—Hmmm... ¿Estás seguro de que teníamos que viajar como marido y mujer?

A Redvers se le iluminó la mirada con un brillo burlón.

—¿Tanto te repele la idea de estar a solas conmigo?

Él sabía muy bien que no, pero me alegró que dejara de lado el tema del matrimonio, sobre todo teniendo en cuenta que ese vínculo era algo delicado para mí a causa de la que había sido una unión desastrosa con el difunto Grant Stanley.

—Bueno, no es que me revuelva el estómago, pero esta *suite* es bastante pequeña.

Una leve sonrisa le asomó a los labios, aunque la contuvo enseguida.

—Ya es tarde para cambiar de opinión y lo cierto es que todo resultará más fácil si interpretamos el papel de casados mientras estamos a bordo. Así habrá muchas menos preguntas sobre por qué pasamos tanto tiempo juntos.

Por lo menos en eso llevaba razón. Habíamos hablado del tema largo y tendido cuando accedí a ayudarlo en la investigación. Al final me avine al plan, puesto que un hombre casado que viajaba con su mujer llamaba mucho menos la atención que un soltero que viajaba solo. O una soltera, para el caso. Todo eso, desde luego, se lo habíamos ocultado a mi tía, que creía que ocuparíamos camarotes separados durante la travesía. Ojos de Millie que no ven, corazón de Millie que no siente.

Redvers se aclaró la garganta y unió las manos tras la espalda.

—Además, yo dormiré aquí, en el salón, así que no tienes que preocuparte por eso.

—Ah... —fue todo lo que logré proferir.

Eché un vistazo a los dos silloncitos y volví a mirar a Redvers. Me pregunté cómo pensaba arreglárselas; era demasiado alto para nada que no fuera dormir en el suelo, y sentí una punzada de culpabilidad. Intentaba protegerme y demostrar que era un caballero, pero no era necesariamente Redvers quien me preocupaba. Cuanto más tiempo pasaba a solas con él, más me sorprendía replanteándome la firme postura de no volver a casarme, pese a mi terrible experiencia anterior. Además, ese hombre besaba como los ángeles.

No, no era él quien me preocupaba.

Nos interrumpieron unos golpes en la puerta y Redvers fue a abrir al camarero, que había venido a presentarse. Mientras hablaban, me paseé por la habitación para inspeccionar el resto de la *suite* que nos habían asignado. El dormitorio anexo al salón tenía una cama doble contra una pared en la que había un aplique metálico para leer. Un pequeño escritorio y una silla ocupaban el rincón más cercano a la ventana, y había una puerta más, que llevaba al baño privado. Las paredes del dormitorio estaban tapizadas con un suntuoso damasco de seda y tenían marcos decorativos de madera que dividían el estampado en diversos paneles. Levanté la mirada y me encontré con una moldura de

intrincados labrados que creaba un rosetón circular en el techo; era evidente que no habían reparado en gastos para crear una atmósfera de lujo.

Me asomé al baño y vi una bañera que ocupaba toda una pared e incluso contaba con una instalación de ducha semicerrada. Di unos pasos hacia el interior, inspeccioné los diversos mandos necesarios para accionarla con la esperanza de que resultara más sencillo de lo que parecía a simple vista. Un lavabo de mármol con un gran espejo decoraba la pared opuesta. Me acerqué, cogí el jabón de tocador Vinolia Otto que habían dejado preparado e inhalé el suave aroma a rosa y limón antes de volver a colocarlo en la jabonera.

—¿Jane? —La voz grave de Redvers llegó desde el salón.

Crucé de nuevo el dormitorio y me reuní con los dos hombres. Redvers gesticuló hacia el camarero, cuyo impecable uniforme azul contaba con una ristra de botones dorados que desfilaban de arriba abajo de su casaca militar.

—Este es nuestro camarero, Francis Dobbins. Trabajaré con nosotros.

Lancé una mirada interrogante a Redvers, y él asintió. No sabía cómo lo conseguían, pero al parecer Su Majestad tenía contactos en todas partes. Por curiosidad personal, después preguntaría si el camarero era un empleado del barco al que habían reclutado para que nos ayudara, o si los jefes de Redvers lo habían colocado allí a tal efecto. Desde luego, poco importaba cómo hubiera llegado a bordo; iba a sernos muy útil tener a alguien dentro. Alargué un brazo y estreché la mano del hombre, tan blanda que por un instante me preocupó hacerle daño con mi firme apretón. Era joven y todavía tenía que perder las redondeces infantiles de la cara... y del resto del cuerpo.

Redvers lo invitó a sentarse para hablar de nuestros asuntos, pero Dobbins rechazó el ofrecimiento y se quedó de pie con las manos unidas tras la espalda.

—Creemos que hay un espía alemán a bordo del barco. Nuestras fuentes han confirmado su presencia, pero no su identidad. Hemos reducido las opciones a tres posibles sospechosos —me explicó Redvers.

Yo era toda oídos. Por primera vez me habían incluido de manera oficial en uno de sus casos y no pensaba desaprovechar la oportunidad para demostrar mi valía ante sus jefes. Fueran quienes fuesen. Redvers nunca se había mostrado muy concreto con respecto a eso.

Dobbins tomó la palabra:

—Uno de los hombres es un pasajero. Heinz Naumann. Se aloja en el camarote C48 y me he encargado de que tenga la tumbona de cubierta junto a la señora Wunderly.

Miré a Redvers con una ceja levantada. Me divirtió que, por lo visto, viajáramos bajo mi apellido y no con el suyo, Dibble, aunque sabía que él lo usaba lo menos posible. «Dibble» era como llamaban en Inglaterra a los agentes de policía mediocres, así que «Redvers Dibble» no inspiraba mucho respeto que dijéramos, por lo que comprendía su reticencia, si bien sospechaba que había también motivos más personales en juego. Esperaba enterarme algún día de cuáles eran.

—Es habitual que los pasajeros de primera reserven sus tumbonas. Nos hemos asegurado de que tengas la contigua al señor Naumann para que puedas charlar con él. —Redvers se volvió de nuevo hacia el camarero de voz suave—. Un trabajo espléndido, Dobbins.

—¿Quieren compartir también mesa con él en las cenas? —preguntó este.

Redvers negó con la cabeza.

—Eso ya resultaría demasiado llamativo. Es un comienzo espléndido. Con nuestro primer sospechoso, al menos. ¿Qué me dice de los otros dos?

—Ambos trabajan en el barco. El director de la banda, Keith Brubacher, y el encargado del servicio de fotografía, Edwin Banks.

—¿Ha descubierto algo de alguno de ellos?

Dobbins negó con la cabeza.

—No he tenido ocasión, señor. Acaban de comunicarme sus nombres. Aunque sé que los dos son nuevos a bordo en esta travesía.

Redvers asintió y yo me pregunté si era la primera vez que oía esos nombres o se limitaba a comprobar el trabajo de Dobbins.

—Nos pondremos a investigarlos de inmediato —dijo.

Dobbins inclinó la cabeza.

—Dejaré que se arreglen para la cena, pues. Se sirve a las seis en punto, pero antes oirán el toque de clarín.

Salió de la habitación y cerró la puerta sin hacer ruido. Miré a Redvers. Un hormigueo de emoción me recorrió la piel; estaba impaciente por empezar con las pesquisas. Resultaba estimulante que me consultaran en lugar de que me lo ocultaran todo hasta el último momento.

—O sea que tenemos tres sospechosos.

Lo único que me había dicho Redvers antes de embarcar era que íbamos detrás de alguien que pasaba información al Gobierno alemán, pero no había compartido conmigo ningún detalle más allá de eso. Ni siquiera sabía si el individuo al que buscábamos era alemán o si se trataría solo de alguien que trabajaba para ellos.

—¿Por quién empezamos?

Mi entusiasmo pareció divertirlo.

—Creo que nuestro primer paso consistirá simplemente en que entables amistad con Naumann mientras yo empiezo a indagar sobre los otros dos.

Noté que arrugaba la frente con fastidio, pero la alisé enseguida. Teníamos por delante algo más de una semana a bordo

de ese transatlántico antes de llegar a Nueva York, y me mostraría lo más encantadora que pudiera.

Heinz Naumann estaba perdido. Aunque, para el caso, también lo estarían los otros dos en cuanto empezara a trabajar con ellos.